

Capítulo XLVII.

Los reyes, después de haber vivido hasta fines de Mayo en Granada y en Santa Fé, se trasladaron á Castilla y desde allí á Aragon, precisamente en los momentos en que Colon se daba á la vela.

Su ánimo al ir allí, era arreglar el gobierno interior de aquel reino y concluir las negociaciones pendientes con Francia para que les devolviesen el Rosellon y la Cerdeña, cuyas provincias habia empeñado á aquella nacion el padre de don Fernando.

Diego Colon no llegó á ver á los reyes hasta Zaragoza, porque habia cumplido las órdenes de su padre, y acompañado de Matías Sampayo, habia permanecido algunos dias en Baeza.

Fernando tenia entonces cuatro años, y Diego,

después de estrecharle entre sus brazos con verdadera efusion, se prometió ser para él un cariñoso hermano.

Inés y Beltran le pidieron nuevas de su padre, y Diego les contó todo lo que habia sido de él desde el momento en que se habia separado de ellos.

Pasó en Baeza cuatro dias, y antes de separarse de Beltran le suplicó que le enviase á la corte nuevas de su hermano.

—¿Luego sabeis ese secreto?—le preguntó el marido de Inés.

—Lo sé todo; mi buen padre ha creído que podia confiármelo, y ha hecho muy bien. ¡Dios conserve su vida muchos años! Pero si, como Dios no permita, nos hubiéramos despedido para siempre, Fernando, que pasa á los ojos de todo el mundo como hijo vuestro tendrá siempre en mí un hermano.

En Córdoba visitó á fray Pedro Antunez, y allí se despidió del bueno de Matías, porque le aguardaba el arzobispo de Toledo para llevarle en su compañía á Zaragoza, en donde á la sazón se hallaban los reyes.

Diego, que amaba á su padre, se mostró agradecido con fray Pedro Antunez, que tantos favores habia dispensado al autor de sus dias.

Su franca fisonomía, su bizarro porte, las bellas prendas que revelaba en su persona, eran augurio de que encontraria en el porvenir menos desengaños de los que habia recibido su padre.

Naturalmente despejado, habia aprovechado las

lecciones que le habian dado en el convento de la Rábida los monges; estaba muy arraigado en su alma el sentimiento religioso, y en la primera conversacion se captó las simpatías del arzobispo de Toledo.

Pocos dias despues de su llegada á Córdoba, emprendió en su compañía el viaje, y llegó á mediados de Agosto á Zaragoza.

El dia 8 del mismo mes habian entrado los reyes don Fernando y doña Isabel en la ciudad, acompañados del príncipe, de los infantes y de una brillante comitiva de nobles castellanos.

Era tal el ascendiente que tenian sobre sus vasallos aquellos personajes, que fueron recibidos con el más vehemente entusiasmo.

Era natural que así sucediese, porque la nacion, entera veia en sus ilustres monarcas un término de la heróica constancia con que habian librado á España del ominoso imperio de los árabes, y la piedad estaba tan arraigada en las almas, que era muy lógica la alegría que todo el mundo experimentaba al verlos.

Diego Colon fué presentado á los reyes por el arzobispo de Toledo, y á pesar de su natural timidez, contestó á las benévolas frases de los monarcas, manifestando su gratitud por los favores que habian dispensado á su padre, por la merced que le habian otorgado concediéndole la alta honra de ser uno de los servidores del príncipe don Juan.

—Sois digno hijo de vuestro padre,—exclamó la reina,—y al nombraros paje de mi muy amado hijo,

he tenido presente la lealtad del autor de vuestros dias. Si sois leal como él, vuestro porvenir está asegurado y mi mayor satisfaccion será contribuir á colmar de ventura vuestra vida.

Diego manifestó de nuevo la gratitud que experimentaba su alma por tantas bondades, y pronunció un solemne juramento.

—Juro consagrar mi vida á vuestras majestades y á sus augustos hijos,—exclamó.

No debia tardar en cumplir su promesa.

Inmediatamente tomó posesion del cargo con que le habian honrado sus majestades.

La córte no tardó en trasladarse á Cataluña, y allí ocurrió un suceso digno de mencionarse, no sólo por desempeñar en él uno de los principales papeles el rey don Fernando, sino porque dió ocasion á que el hijo del ilustre marino pudiera acreditar á los reyes su lealtad y su deseo de mostrarles su gratitud.

El dia 7 de Octubre de 1592, acatando una antigua costumbre del principado de Cataluña, se dispuso el rey á presidir los tribunales de justicia, para ver y fallar los pleitos de los pobres.

El rey salió temprano de palacio, y se encaminó al salon de audiencia en donde tomó asiento, y permaneció más de una hora oyendo á unos y á otros, y haciendo á todos justicia.

Mientras esto pasaba, un hombre como de sesenta años, alto, delgado, con todo el aspecto de un campesino ó *payés*, como los llaman en Cataluña, despues de haber dado algunos paseos por delante del

edificio en donde estaba el rey, aprovechó un momento en el que no le observaban, y subiendo las escaleras de mármol que conducian á una meseta, empujó una puerta, y se internó en una habitacion completamente solitaria.

Muchos de los curiosos que ocupaban la plaza, habian reparado en él, y le habian hecho objeto de su conversacion.

—¿Qué vendrá á buscar ese tagarote?

—Parece un montañés; no le habrán hecho justicia en su pueblo, y viene aquí, sin duda, á ver si es más afortunado.

—Miradle, miradle, como mueve los ojos.

—Si es vizco.

—No siempre; ved ahora como mira derecho.

—Y ya debe pasar de los sesenta.

—¿Para qué pleiteará? A esa edad más le valdria ponerse bien con Dios.

—Por lo visto le tiene en su poder el diablo.

—¿Qué á prisa se pasea ahora!

—¿Cómo mueve los brazos!

—¿Si está hablando solo!

—Por eso no debe tener el juicio sano.

Estas y otras exclamaciones parecidas salian de los grupos que formaban los curiosos en la plaza del palacio de las audiencias.

Tal vez cansados de mirarle, fijaron su vista en otros objetos, y cuando quisieron recordar habia desaparecido el anciano.

La plaza continuaba llenándose de gente, por-

que habia corrido la voz de que el monarca estaba fallando pleitos, y querian al salir tener ocasion de verle.

Don Fernando habia ido acompañado de algunos personajes de la córte, y Diego, que experimentaba el deseo de recibir impresiones nuevas, pidió permiso para formar parte de la comitiva, y obtuvo esta gracia.

Era, pues, uno de los que formaban parte del séquito del rey.

Don Fernando dió por terminadas las audiencias al sonar las Aves Marías, y antes de partir, quiso entrar en la capilla para rezar, como era costumbre en aquellos tiempos, cuando las campanas de la iglesia recordaban á los fieles que era la hora de rezar la plegaria.

Seguido de los cortesanos, de Diego y de algunos pajes, penetró en la capilla sin reparar que en uno de los rincones más oscuros del templo habia un hombre oculto, que desde el momento que llegó el rey, no le perdió de vista un sólo instante.

Oró el rey con los suyos, despues se levantó, y satisfecho porque habia tenido ocasion de ejercitar aquel dia la más preciosa prerogativa de los reyes, se dispuso á partir.

El anciano que estaba en el rincon del templo, que no era otro que el que habia llamado la atencion de los curiosos en la plaza, salió antes que la comitiva y se colocó á la puerta, mirando á todas partes, con el temor de ser sorprendido.

El rey salió el primero, y no había dado dos pasos, cuando el anciano, sacando de debajo del capotillo un afilado puñal, asestó á don Fernando una puñalada en las espaldas.

—¡Virgen María, amparadme! ¡Traicion, traicion!—exclamó el rey.

Una segunda puñalada hubiera puesto término á sus dias si la vigorosa mano de un jóven no hubiera sujetado el brazo del asesino.

Aquel jóven era Diego Colon.

El primer golpe del malvado produjo al rey una herida profunda y de consideracion; y de seguro le hubiera causado la muerte sino hubiera tropezado la punta del puñal en una cadena ó collar de oro que llevaba el rey al cuello.

Inmediatamente los que le acompañaban, desenvainando las dagas, se lanzaron sobre el asesino.

Pero el rey, que no tardó en recuperar su sangre fria, ordenó que se limitaran á prenderle, para averiguar quiénes eran los verdaderos autores de la conspiracion que contra él acababa de estallar.

Así se hizo, en efecto, y Diego, que había sido el que se había apoderado de su brazo, fué el encargado de entregarle á los guardias que debían llevarle á la prision.

Los cortesanos acudieron en auxilio del rey, y como la pérdida de la sangre le había debilitado, fué conducido á su real aposento.

Pero la noticia de este acontecimiento cundió rápidamente por la ciudad, y todos los habitantes en

masa, llenos de consternacion al informarse de la inicua emboscada de que había sido víctima el rey, indignados porque aquello parecía un borron que querían arrojar sobre el honor y la buena fé de los catalanes, se agruparon en torno del palacio, y como ya hacia tiempo que se habían extinguido antiguas animosidades, cercaron el palacio con la más vivas muestras de su afecto, lamentaron el horrible atentado, y pidieron desafortadamente que se les entregase el asesino para desahogar sobre él su indignacion.

Lo más extraño fué, que en el momento en que el rey cayó herido, resonó en la ciudad la famosa campana de la Velilla, campana cuyos milagrosos toques anunciaba siempre á la monarquía algun desastre.

Esto probaba que el atentado contra el rey era el resultado de una conspiracion que podia tener grandes ramificaciones, y la reina, que á pesar de su dolor cobró bastante serenidad, dió orden inmediatamente para que se tuviese pronta en el puerto una galera, con el fin de libertar á sus hijos, si, como temia, se habían propuesto los conspiradores hacer nuevas víctimas en la real familia.

Pero no tardó en convencerse de que el pueblo catalán era leal y adicto á su persona.

El entusiasmo con que aclamaban á sus monarcas, la indignacion de que se hallaban poseidos aquellos vasallos, los vítores que resonaban, confundéndose con los ayes de tristeza que exhalaban los pe-

chos por tan honda desgracia, tranquilizaron á la reina.

El rey, herido y todo como estaba, quiso que le llevasen á uno de los balcones de palacio para que le viera el pueblo, para que le convenciera de que no habia muerto; pero sus médicos se lo impidieron, y la reina tuvo que presentarse á manifestar á la muchedumbre que la Providencia habia velado por su esposo.

Enterada de lo que habia sucedido, cuando supo lo que Diego Colon habia hecho, le dió á besar su real mano, expresándole su gratitud, y le prometió no olvidar nunca aquella prueba de su adhesión, que no habia sido más que el cumplimiento de su promesa.

Al pronto no se juzgó peligrosa la herida del rey.

Pero fueron presentándose síntomas alarmantes.

Se vió que estaba fracturado un hueso, parte del cual fué necesario que le extrajeran los cirujanos, y la situacion en que se halló el monarca al sétimo dia fué en extremo crítica.

La reina, durante este tiempo, no se apartó un instante del lecho de su esposo, y por su propia mano le dió las medicinas que recetaron los médicos.

La consternacion, no solo de los servidores de los reyes sino, de todos los habitantes de la ciudad, era inmensa.

Diego no salia de la antecámara del rey, y en ella tuvo ocasion de hablar á una jóven enlutada, que acompañada de una dueña, con las lágrimas en

los ojos, iba todos los dias á informarse de la situacion del monarca.

Aquella jóven, segun dió á entender la dueña, debia un gran beneficio al rey, y era en extremo desgraciada.

Podria tener entonces unos diez y ocho años, y sus negros y radiantes ojos resplandecian sobre el blanco mate de su rostro.

Larga era su cabellera, y sus finas, correctas, y distinguidas maneras, revelaban que aunque vivia en una posicion modesta, á juzgar por su traje, pertenecia á una ilustre familia.

Impresionado por su belleza Diego, guardaba la imágen de la jóven en su corazon, y comenzó á consagrarla en su alma un asiduo y fervoroso culto.

Desde luego adivinó en su rostro que ocultaba en su corazon un secreto doloroso, y creyó que solo era interés el sentimiento que le inspiraba.

Era algo más, porque era amor.

El primer amor de Diego.

Llamábase la jóven María de Alvarado.

Esto fué lo único que pudo saber, y sirvió mucho á su afán, porque cuando el rey comenzó á mejorar, la jóven desapareció, y en algun tiempo no volvió Diego á verla.

En efecto; la mejoría del rey no tardó en dejarse sentir; su excelente complexion le ayudó en su convalecencia, y al cabo de tres semanas pudo presentarse á sus leales vasallos, los cuales le acogieron con el mayor júbilo, dando gracias á Dios en los tem-

plos por haberle salvado la vida, y cumpliendo los votos que habian hecho.

Grandioso era ver á muchos catalanes trepar con los piés desnudos y hasta de rodillas por las ásperas sierras que rodean la ciudad.

Al hacer esto cumplian los votos que habian prometido, y mostraban cuán grande, cuán sublime era á sus ojos la vida del monarca.

Aunque fué grande tambien la felicidad que experimentó Diego al ver restablecido al rey, no pudo ménos de notarse en su rostro una profunda tristeza.

Cuando no estaba de servicio, salia á pasear por la campiña, frecuentaba la playa, y permanecia horas enteras contemplando la inmensidad de los mares.

En una palabra, todo cuanto hacia demostraba que tenia herido su corazon.

La verdadera causa de su estado no era otra que haber perdido de vista para siempre, segun pensaba, aquella jóven que tan profunda impresion habia causado en su alma.

Mientras que el jóven sufría de este modo y los nobles catalanes se entregaban al júbilo, los tribunales juzgaron al asesino, y pudieron convencerse de que no solo habia sido su acto consecuencia de una conspiracion, sino de que no era más que un pobre loco, puesto que á las preguntas que se le habian dirigido, habia contestado siempre diciendo:

—Soy el legitimo propietario de la corona. Hace ya muchos años que la estoy esperando, don Fernando no acababa de morir nunca para que vi-

niese á mis manos: por eso he querido matarle.

El demente añadió, sin duda porque comprendia el castigo que le aguardaba:

—Si me ponen en libertad juró renunciar á todos mis derechos.

Los reyes, convencidos de su lamentable estado, quisieron perdonarle.

Pero los catalanes, indignados por el padron de infamia que semejante crimen parecia arrojar sobre su buen nombre, creyeron que el reo debia expiar su delito, y considerado como traidor, fué condenado á la pena con que se castigaba este crimen.

El castigo era atroz.

A la muerte debian preceder atroces martirios, y ya que no el perdon porque los vasallos sofocaban la piedad de los reyes, le dispensaron los tormentos preliminares, limitándose á ahorcarle.

Algun tiempo despues se olvidó por completo este suceso, y los reyes, sus vasallos y toda España se entregaron al júbilo al tener noticias del éxito que habia alcanzado la expedicion de Colon.

Pero no nos anticipemos á los sucesos.

Vamos á conocer la vida íntima de Diego Colon, mientras su padre viajaba á la conquista del Nuevo-Mundo, para acompañar despues al intrépido marino y sus compañeros, y seguirles á través de la inmensidad del Océano.